

MARIMINI

EL MARCHAMO

Por **RAMÓN GOMEZ DE LAUVERNA**

En esta calma chicha del verano se fragua algo importantísimo. ¿Quizás en las herrerías, cuyos tintineos escapan al camino e inundan las calles por lo abierto que está el taller para que entre fresco?

¿Quizás en una de esas fundiciones en que se cuece el barro de las estatuas y se derrite la cera para que el bronce entre por el cauce de la nueva forma?

¿Quizás lejos, allí donde las fábricas trasparecen sus luces, que son como ánimas del purgatorio la incesante incandescencia?

¿Algún humo del verano tiene que ver con eso que se fragua?

¿Quizás en ese puesto de churros, cuyos humos parecen un incendio, y donde se moldea el churro, blando al brotar y duro al digerir?

No se sabe dónde se fragua eso que es tan importante; pero, desde luego, no es en los alrededores de la Corte, sino junto al Cantábrico.

Nadie puede adivinar dónde es, ni lo que es, hasta que resulte cuajado y la actualidad dice: «Eso».

Trenes y más trenes cruzan la frontera francoespañola — esa laja de botella —; el hormiguero atareado parece buscar algo, husmear alguna cosa, mirando a los que cruzan en viaje de vuelta, asomándose a los acuarios de las tiendas, adelgazando los cristales de tanto rozarlos con la nariz.

El hormiguero humano trae numerosos objetos disimulados debajo de las alas de la americana. Hay quien se muda detrás de un árbol para pasar una camisa nueva, ó en el tren se pone un par de botas recién compradas y en el pasillo baila el *charleston* de quitarles la negra virginidad de la suela.

¿Qué le pasa á esta señora, que va tan perfumada que logra saturar de su perfume hasta el humo del tren? Pues que no quería pagar derechos por el frasco recién adquirido y se ha vaciado encima la mitad.

¿Y por qué fuma sin parar tan grandes puros habanos, sin promediárselos siquiera, ese caballero al parecer nerviosísimo? Porque quiere vaciar el paquete que acaba de adquirir antes de llegar á la frontera.

El hormiguero humano se da un rafagazo de aire al cruzarse sus trenes. A veces se ven con tiempo en la estación en que paran los dos ferrocarriles, y entonces se guñan el ojo y se sonríen como diciendo los que vuelven á los que van: «¡Vaya!

¡Cómo os vais á poner!» Y los que van á los que vuelven: «¡Lo empapetados que venís!»

Si se pesase el tren al ir, y después, con los mismos viajeros, se pesase al volver, se vería la diferencia de peso que acusaría en el reloj de la balanza. ¡Cuántos que no tenían gemelos, máquinas fotográficas, paraguas ó impermeables vuelven con todo eso encima! ¡Y qué atracón de pasteles se han dado las damiselas!

¿Pero es algo de eso lo que se fragua en el disimulo de cada verano?

No. Esa es la aventura cotidiana de los viajes, el ir de vacío y el volver cargado, que es el uso vulgar del hormiguero.

Lo que esas multitudes fisgan, lo que tienen mucho cuidado en sorprender, es cuál es el marchamo de este verano, insignificante ó aparcioso marchamo que es lo que se fragua entre la bulla de sol y mar de las playas del ángulo cantábrico.

No se acaba de saber cuál es el marchamo del año hasta que no va muy avanzada la temporada, hasta el quince de Septiembre por lo menos. No quiere el misterio traguador de marchamos que se telegrafe su novedad y puedan aparecer en otras playas y los que vuelven muy pronto á Madrid lo divulguen antes de tiempo.

Un año ha sido el gorrito de punto, en colores y blanco, gorrito pirrenáico que llenó de barretinas inesperadas las calles de aquel otoño madrileño. Quería decir aquella moda que los veraneantes que la lucían habían estado en sitios frescos, y que sobre sus cabezas habían caído alguna vez nieblas ó brisas refrescantes.

Otro año fueron los jerseys de colores vivos; otro las medias de color, y quizás las medias caladas fueron el marchamo de un verano un poco perdido en la noche de los tiempos.

Otro año han sido las viseras de jockey de los paseos, con copa de malla, viseras en que se puso de fiesta la visera verde de las mecánografas, dando á los que se la calzaban intrepidez de automovilistas de á pie.

No sé cuántos veranos hace que el marchamo fué la cigarra mistralense sobre una hoja de oro, ni tampoco me acuerdo la distancia retrospectiva de las sortijas de pelo de elefante, de las butandas al batick ó de las pulseras de serpiente.

¿No fué el año pasado cuando vinieron los egipcios abanicos de



El chaleco de piel de serpiente